

El asunto religioso: tema de la historiografía contemporánea de México

Evelia Trejo*

El subtítulo de este trabajo podría ser reflexiones sobre recuentos, sugerencias y estudios, y no tendría lugar de no ser por el esfuerzo de síntesis de los autores que me han precedido en la atención a lo que se investiga y conoce sobre la problemática religiosa en la historia de México. Así pues, en primer lugar a ellos les agradezco el señalamiento del camino y a los organizadores del *Congreso Internacional América Latina y el Caribe: Dos décadas de reflexión histórica*, de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, 1994, la ocasión de abundar en estos temas y compartir mi interés con los asistentes.

Tres propósitos animan estas páginas, primero, reflexionar sobre anteriores revisiones acerca de la historiografía religiosa; segundo, añadir elementos y consideraciones, que actualizan la labor allí reseñada, y tercero, sugerir algunas precisiones acerca de la mirada del historiador en torno a los temas que comprende el asunto religioso.

En el periodo de lo que consideramos la historiografía contemporánea de México, se destacan tres episodios que han servido indudablemente como ejercicios de toma de conciencia sobre el quehacer realizado, conmemoraciones y congresos

que me sirven de apoyo para desarrollar la primera parte de esta intervención.

1. A propósito de revisiones anteriores

El recuento

En 1965, José Bravo Ugarte recogió, en un pequeño artículo,¹ la ficha correspondiente a todas aquellas obras que llenaban de contenido el apartado destinado a la *Historia religiosa*, tomando como punto de partida el año de 1940, inicio de vida de una de las instituciones que permiten hablar de profesionalización de la disciplina histórica en el medio mexicano: El Colegio de México.

Bravo Ugarte dividió esta producción en colecciones documentales, biobibliografías, biografías, historias y monografías varias de la época nacional. Quizás sobra decir que el contenido mayoritario de las ediciones se refiere a la Iglesia católica, la erección de sus diócesis, el trabajo de obispos, sacerdotes y frailes, la historia de sus instituciones, llámense éstas, seminarios, conventos u obras pías, como sería el caso de los hospitales.

En mucho menor medida cubre esta *Historia religiosa* historias de sinarquistas, de obreros católicos y de iglesias protestantes, quienes en los dos primeros casos resultan actores de más reciente aparición en el proceso histórico de México, y en el tercero, parecen ser tomados en cuenta como tema de estudio hasta hace relativamente muy poco tiempo.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Conviene señalar que a juzgar por los breves comentarios que el padre Bravo Ugarte añade a la presentación de las fichas, nos encontramos frente a un tipo de obras que, de ser clasificadas propiamente como obras historiográficas y no como cuerpos documentales que cumplen bien con la función de enriquecer las fuentes, podemos asociarlas sin dificultad con la caracterización que hace Álvaro Maturt de la historiografía del empirismo tradicionalista, o aun con la que llama pragmático política,² sólo que en este último caso más que la defensa de una facción revolucionaria, salta a la vista que se trata de la pluma de la historia al servicio de la reivindicación de la Iglesia. En otros casos, incluyendo los cuerpos documentales y los trabajos del propio Bravo Ugarte, las semejanzas con las primeras empresas de envergadura de la historiografía mexicana contemporánea en vías de disciplinarse, recuerdan los afanes enciclopedistas.

En fin, resulta evidente su coincidencia con las fórmulas en boga para hacerse cargo de la historia, y la temática en su conjunto no revela cambios significativos respecto a la producción anterior.

La siembra

Pocos años más tarde, en el célebre congreso de Oaxtepec, de 1969, a primera vista puede apreciarse la ausencia de una sesión destinada al tema de la historiografía religiosa; el estudioso que acude a las memo-

rias³ y se aplica exclusivamente a la revisión del índice general, podría concluir que no hubo interés específico en el tema. Pero, ese lector se engaña, dentro de las ponencias que más que mirar hacia atrás, veían hacia adelante, Jean Meyer en *Historia de la vida social*,⁴ en el apartado seis, con elocuencia llama la atención, hacia la historia religiosa, ampliando el panorama de su estudio, al sugerir "...comen-



zar por la anatomía histórica de los fenómenos religiosos, de los catolicismos y protestantismos mexicanos y de todas las otras manifestaciones de religiosidad como el espiritismo, por ejemplo".⁵

Así, la historia religiosa encuentra en la acuciosa mirada de Meyer un lugar relevante para encaminar las tareas de la historia social. Propone un plan para reunir de manera sistemática la información de ar-

chivos de Iglesia y Estado, que contempla los siguientes temas: a) los marcos humanos: clero y cofradías; b) actividad cultural y sacramental; c) religión doméstica y vecinal; d) generosidad temporal; e) moralidad familiar, económica y social; f) oposiciones a la Iglesia y al cristianismo; g) estudio de la crisis, crisis en el interior de la Iglesia y ataques venidos del exterior. Sugiere además, multiplicar monografías de diócesis y descender a parroquias.

Al lado de este conjunto de temas, y a propósito del asunto de la fe popular, hace una observación que resulta atendible dados los fines de estos comentarios, y afirma que: "Dentro de esta tradición, casi exclusivamente sentimental e imaginativa, las ideas no tienen más que una parte débil. De ahí el desconcierto de los historiadores o mejor dicho, su desinterés por el fenómeno."⁶ Acto seguido sugiere el apoyo que podrían brindar los antropólogos.

No es extraño este juicio de Jean Meyer, en momentos en que la historia de las ideas como especialidad del investigador de la historia de México, contaba con adeptos brillantes y entusiastas, mientras que la de las mentalidades, a la que ya dedica un apartado, no se veía todavía clara en el horizonte, y sus temas resultaban más bien de la competencia de los antropólogos sociales.

Observa con tino que: "Nuestro mundo moderno, nuestra historia no será inteligible hasta que se haya definido claramente la parte de la religión en la vida de las ma-

sas.⁷ Y, en suma, aporta una lluvia de ideas sobre temas que incluyen creencias, dogmas, cultos, las obras de hombres ilustrados, los grupos cerrados, las muchedumbres, para terminar diciendo que "de las estructuras y de las fuerzas religiosas, no se ha comenzado en lo que respecta a la historia de México a sacar consecuencias".⁸

He mencionado que se trata de una de las ponencias⁹ del Congreso de historiadores mexicanos y norteamericanos, celebrado en Oaxtepec, en 1969, que miraba el pasado de la historiografía, sin detenerse demasiado en él, puesto que los verdaderos fines eran abrir horizontes para sembrar en terrenos bien acotados las semillas de la historia social. Por tanto es comprensible que la bibliografía del apartado referido, no difiera en carácter de la recogida por el padre Bravo Ugarte cuatro años atrás, aun cuando en el caso de Meyer, se haga alusión a trabajos publicados mayoritariamente en los años sesenta.

La cosecha

Puede afirmarse que de los muchos temas sugeridos por Jean Meyer, algunos tomaron forma en las inquisiciones de autores mexicanos y extranjeros, de manera tal que, para una reunión efectuada casi veinte años más tarde, también en Oaxtepec, Morelos, la historiografía religiosa reaparece como una sección a revisar, bajo el rubro de *Historiografía de la Iglesia*.¹⁰

Desde luego el mérito de ello no debe adjudicarse únicamente a la percepción e indicaciones de un historiador de fino olfato como lo es Meyer, hay que reparar en que las condiciones de la historiografía mexicana, en veinte años, habían variado. Para 1988, fecha de la celebración del *Simposio de Historiografía Mexicanista*, el nexo de la disciplina histórica con las ciencias sociales se había intensificado y ello dado lugar a nuevos planos de interés y observación. Vale la pena mirar con detenimiento algo más que una suma de noticias o un cúmulo de ricas sugerencias.

En esta ocasión fueron tres las ponencias sobre el tema, y dos de ellas dieron lugar a la intervención de tres comentaristas. Los títulos permiten formarse una primera impresión.¹¹ Si bien dos ponencias se refieren a la producción historiográfica sobre la Iglesia católica, la tercera abre la puerta a la revisión de los trabajos que, en los años anteriores, se ocuparon de la heterodoxia religiosa.

Roberto Blancarte, el primero en comparecer, encuentra abundancia en el periodo de veinte años que atiende, respecto a la producción lograda en la etapa anterior, y explica el desinterés en los temas de la Iglesia católica, durante las décadas de 1940 y 1950, por el contexto socio-histórico. Además, señala la falta de especialistas en religión que, de existir, hubieran podido reorientar los estudios. Cuando alude a que se vivía en la creencia de que una institución como la Iglesia desaparecía paulatinamente, y el fenómeno de mayor

urbanización se leía como de mayor secularización, revela la visión de un científico social, más que la de un historiador, y aquí, es evidente la distancia entre uno y otro puesto que en la óptica del historiador no es relevante el hecho de que un asunto no esté ostensiblemente vigente, para que se convierta en tema de estudio.

Sobre este particular, el comentario de Anne Staples¹² puntualizó que el tema de la historia colonial, que en sí contiene al de la Iglesia, seguía ejerciendo fascinación en el interés *menos personal* del historiador, atraído por desentrañar los misterios de antaño, y que los interesados en problemas religiosos eran quienes se ocupaban de la Iglesia moderna. Parecía distinguir el campo de estudio de la historia del de otras ciencias sociales. Opinó que el tema no estaba abandonado antes de los años sesenta y como prueba citó a José Gaos y a José Miranda, como interesados en él. Para Staples, las razones de falta de aplicación a tales estudios, se encontraban en la dificultad de acceso a los archivos, y en el hecho, discutible desde mi punto de vista, de que el tema no estaba de moda. De paso, predijo, quizás con elementos en la mano, que habría una redefinición de posiciones entre Iglesia y Estado, como consecuencia de la crisis general de la sociedad.

Congruente con la explicación arriba apuntada, Roberto Blancarte explica que son las condiciones socio-políticas las que contribuyen en las décadas siguientes a la mayor abundancia de estudios sobre

Iglesia. Juzga que al cuestionarse algunos modelos de desarrollo, la supuesta pérdida de religiosidad también fue interrogada. Divide en dos las etapas de reflexión del periodo que considera, 1968–1979 y 1979–1988, situando como parteaguas la visita del Papa a México.

Más interesantes aún que las causales que Blancarte encuentra para este ocuparse de los estudios de la Iglesia, es el tratamiento que da a la manera en que dos grupos se han hecho cargo de ellos. En el primero, ubica a científicos sociales, el historiador incluido, y en el segundo a los especialistas católicos. Éstos, cumpliendo con su labor pastoral, aquéllos, con perspectiva laica, aunque no exentos de partidismo. No encuentra diferencias metodológicas entre ellos, pero lo cierto es que generan confusión, dice, esos trabajos que no distinguen teología católica y ciencia liberal. A falta de una ciencia católica (no construida), se utiliza la epistemología de la ciencia liberal (basada en Kant), pero el condicionamiento histórico propicia que los trabajos resulten más que análisis científicos, literatura partidista. El resultado, son visiones desequilibradas de la historia de la Iglesia, afirma.

Salvo honrosas excepciones, Blancarte ve un predominio de la *sociología de tipo pastoral*. El hecho de ver la mayoría de los estudios sobre la historia contemporánea de la Iglesia, más como testimonios de militantes que como productos de análisis científicos, lo lleva a cuestionar su validez y a

responsabilizar a esa literatura de difundir una serie de lugares comunes que obstaculizan la mirada clara de los analistas laicos.

Estos juicios fueron atendidos en su momento por los comentarios de Marta Elena Negrete,¹³ para destacar que lo importante era la existencia de dichos trabajos y que los lugares comunes repetidos por analistas laicos, no hacían sino restarles a éstos el carácter científico que Blancarte les otorga.

La ponencia de este autor, en muchos momentos obliga a recordar que el tema predominante no es tanto la historiografía sobre la Iglesia, sino el establecimiento de algunas medidas correctivas para lograr un conocimiento adecuado de la Iglesia católica en la historia contemporánea de México. Dentro de ese núcleo de preocupaciones, las llamadas de atención incluyen y comprometen a la historiografía, en la medida en que recomienda un análisis específico de las instituciones, con los conceptos elaborados a partir de su historia, un estudio de las corrientes dominantes en el interior de la Iglesia y no solamente del episcopado, una sistematización de las manifestaciones regionales, de las diferencias de apreciación según clase, grupo social, situación geográfica o socio-política, en fin, de nuevo sugerencias para futuras investigaciones, siempre supeditadas, como señala Francisco Morales Valerio, en sus comentarios,¹⁴ a una óptica socio-política.

Manuel Ceballos en su ponencia parte de la importancia de los estudios sobre la Iglesia, subrayada

por Meyer en 1969 y reiterada por Francisco Miranda en 1971,¹⁵ y no duda en afirmar que algo se ha hecho en dos décadas.

Como Blancarte, alude a la reforma interna de la Iglesia, promovida por el Concilio Vaticano II y también al proceso de la sociedad mexicana, pero incorpora además la progresiva profesionalización del quehacer histórico. Advierte la diferencia entre el historiador eclesiástico y el historiador de la Iglesia, menciona a quienes aportaron estudios valiosos antes de 1968, Luis González, Moisés González Navarro, Alicia Olivera Sedano, Robert Ricard, Robert Quirk, Martín Quirarte, y destaca cómo la persistencia del hombre religioso se le ha hecho presente al historiador. En el medio mexicano, el fenómeno religioso, y el hombre religioso, dice Ceballos, han vuelto a captar la atención de sociólogos, polítólogos, etnólogos, antropólogos e historiadores. Insiste como Blancarte, en el papel de la crisis política y económica que, en el caso de México, ha generado movilización social, y con ella movilización de la Iglesia.

Así, se hacen presentes el objeto de estudio y el contexto en el que se hace protagónico. Ceballos se ocupa de dar cuenta de lo que ocurre en el campo estrictamente historiográfico de los trabajos sobre la Iglesia, y en una apretada síntesis, dispone la noticia de instituciones que apoyan la investigación y la publicación, reuniendo las académicas y las confesionales; de temas, autores y obras, mencionando a los dos primeros en el texto,

y remitiendo a las obras en extensas notas a pie de página.

En el resumen de los temas alude a quienes tocan las estructuras eclesiásticas en medio del tratamiento de la época colonial, a quienes abundan en el guadalupanismo, a los historiadores de órdenes y congregaciones, a las obras que relacionan asuntos de Iglesia con los económicos y los políticos. Arriba a los temas del cristianismo sociopolítico y del catolicismo social (entre cuyos cultivadores él es figura principal), y vincula esos temas con los estudios sobre la guerra cristera, para concluir que aun a través de la biografía se ha accedido al tema de la Iglesia.

En tratamiento aparte, se refiere a las síntesis, escasas y más bien re-elaboraciones que novedades; del equipo de CEHILA, asegura que ofrece algunos aspectos novedosos y de desigual valor historiográfico. Y, en un verdadero esfuerzo por cubrir todos los frentes, incluye aquellas Historias generales que han integrado la problemática religiosa, no dejando fuera ni siquiera el caso de la telenovela *Sendad de gloria*.

A propósito de los enfoques, destaca la importancia de tres de ellos, uno que aunque no ha abandonado el tono apologetico, ya no se ve como heredero activo del padre Cuevas o de Alfonso Toro; otro que resta importancia a la continuidad y repara en el conflicto y el que con respaldo teórico hace énfasis en el cambio, recobrando la historia de grupos marginales, este último, es el que a mi juicio encara mejor los retos de la tarea del historiador.

En esa extraordinaria ponencia, Ceballos reconoce el mérito de archivos y bibliotecas que han acrecentado sus fondos para indagar en estos temas, y concluye que, pese a la diferencia de veinte años, que media entre el tiempo en que Meyer planteaba la riqueza de los temas, la historia religiosa, no resulta de las más cultivadas, y el fenómeno religioso en cambio, se muestra como uno muy digno de

cólogo e historiador Carlos Martínez Assad: "el estudio crítico de la Iglesia permitirá hacer a un lado los sectarismos que siempre han reforzado el autoritarismo"¹⁶.

Entre el reconocimiento a la tarea de los historiadores, y el que se debe a los enfoques de otras disciplinas, Ceballos abunda en los tratamientos de los temas, señala rumbos posibles y metas deseables y sugiere la pregunta de los límites y los alcances de la historiografía, como tal, que se ocupa del asunto religioso.

En la tercera ponencia presentada en esa mesa, Jean Pierre Bastian destaca el hecho de que a partir de la fecha de referencia, 1969, la historiografía mexicanista al fin había puesto atención a fenómenos minoritarios acatólicos, y con ello había ampliado el horizonte de su estudio.

Así, en relación con la importancia que Bastian concede a este punto, a lo largo de su trabajo presenta algunas de las hipótesis y tesis que han orientado sus propias aportaciones. Observa la relación de las heterodoxias presentes desde el siglo XVI con las mutaciones políticas y sociales en pos de una modernidad liberal. Puntualiza el carácter endógeno, que no ha sido tomado en cuenta en las apreciaciones hechas sobre el protestantismo en México. Señala rutas no exploradas, o no bien exploradas, que esclarecerían la correlación entre prácticas religiosas y cambio social.

Cita a continuación, los trabajos que han atendido a la relación entre protestantismo y revolución me-

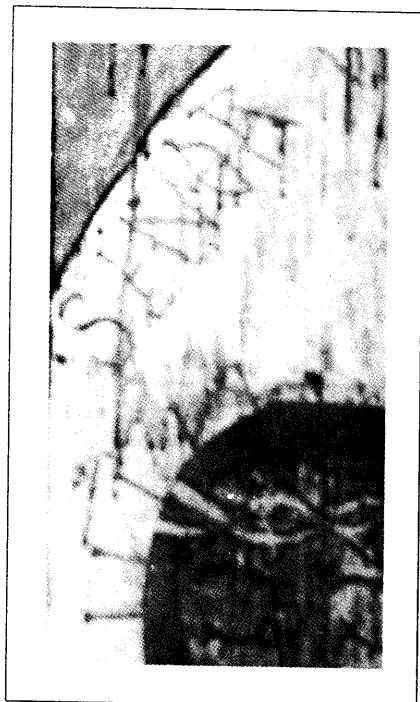


estudio para acercarse a los problemas de la sociedad mexicana. Considera valiosos los enfoques derivados de la sociología y la antropología para atender viejos problemas; y del tiempo y espacio menos atendidos, subraya "el convulsionado siglo XIX", el México posrevolucionario y las pequeñas circunspecciones parroquiales.

Finaliza con un buen deseo, expresado con las palabras del so-

xicana, correspondientes al periodo 1970–1979, en su mayoría tesis de grado norteamericanas, destacando sus limitaciones por falta de fuentes, o por uso de tesis, que él considera erróneas, como la de Max Weber.

Bastian cree haber contribuido con su obra a "lograr el intento más coherente de interpretación del fenómeno religioso heterodoxo como uno de los motores del cam-



bio social"¹⁷, puesto que su trabajo, entre otras cosas, rebasa la mera historia religiosa, para constituir una historia social de minorías liberales, consiguiendo "una verdadera arqueología de la revolución mexicana"¹⁸.

En concreto, concede relevancia a sus aportaciones sobre la relación entre el constitucionalismo de Carranza y las redes asociativas heterodoxas. Le preocupa el balance

de lo exógeno y lo endógeno para acercarse mejor a esos fenómenos que desembocan en la acción contra la oligarquía y la Iglesia católicorromana en México.

El balance se dirige a destacar el creciente interés de la historiografía mexicanista por estudiar el fenómeno heterodoxo más como historia política y social que como historia religiosa, y a denunciar el reduccionismo que aprecia en las interpretaciones que se apoyan en la visión católicorromana y que relacionan a la heterodoxia religiosa con una conspiración norteamericana.

Sin embargo, sugiere atender otras heterodoxias asociativas, y no solamente el protestantismo; tomar en cuenta la larga duración para lograr explicar la receptividad de ciertas regiones a la protesta política. Estudiar la relación intolerancia-inmigración, pero indagando el origen de la intransigencia católicorromana y el surgimiento del anticatolicismo romano en la primera década del siglo XIX, así como su permanencia a lo largo del siglo, como fenómeno asociativo heterodoxo, y sus prolongaciones anticlericales en la Revolución Mexicana, durante las décadas veinte y treinta.

Desde luego, también extiende una invitación a atender a la proliferación de heterodoxias en la actualidad y a su comparación con la estructuración de las del siglo pasado.

Bastian, al contrario de algunas de las ideas que se desprenden de las otras intervenciones, juzga que los trabajos de antropólogos y sociólogos, que se han ocupado de los

temas que a él le interesan, no resultan satisfactorios, pues carecen de perspectiva histórica, y ésto los hace caer en lugares comunes¹⁹.

Recomienda subsanar esos daños, valiéndose de la interdisciplina y atendiendo a los problemas clave de identidad nacional y pluralismo que pueden ser rastreados en la tensión entre ortodoxia católicorromana y heterodoxia religiosa.

La bibliografía que Bastian presenta resulta una elocuente muestra de la novedad de los estudios que allí se promueven, así como del entusiasmo del profesor Bastian²⁰, y brinda la oportunidad de seguir pistas distintas en el balance de los trabajos de historiografía contemporánea sobre el tema religioso, en los años más próximos a esta fecha de 1995.

2. Consideraciones sobre la historiografía reciente

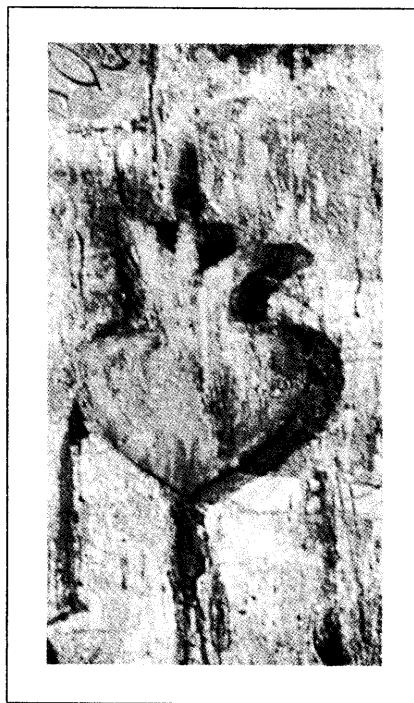
A estas alturas del texto resulta oportuno referirse a lo que llama la atención dentro de la producción más reciente y que, en consonancia con los aportes reseñados arriba, puede contribuir a establecer el perfil de los estudios históricos que se ocupan del asunto religioso.

En un sentido amplio, soy consciente de que debería considerar todo lo que da cuenta de tal asunto en el pasado remoto o reciente de México. Sin embargo no pretendiendo tal exhaustividad, y por ahora sólo quisiera expresar algunas impresiones sobre la creciente presencia de investigaciones y obras

acerca de cuestiones religiosas, que entran en el campo de estudio de una interesada en la historia de la historiografía contemporánea, particularmente atenta a aquella que se ocupa de los siglos XIX y XX.

Aunque creo, como lo expresara Anne Staples, en su comentario a la mesa de 1988, que al paso de los años se sigue corroborando el amor del historiador por el pasado colonial, el cual, con la presencia insoslayable de la Iglesia católica, impide que se omitan las referencias a ella en, prácticamente, cualquiera de los temas que se traten, máxime que hoy en día suelen ser abordados con propuestas novedosas y ricas, provenientes de la historia de las mentalidades, o de la semiótica, por citar sólo dos ejemplos. Y asimismo, creo que el pasado prehispánico no deja nunca de ganar adeptos, y en su estudio se dan cita aspectos de la religión, de singular relevancia para comprender la vida y los procesos de los pueblos en cuestión; y que hoy como antes dicho estudio requiere del apoyo de ciencias como la arqueología, la antropología y la sociología, recibiendo de estas últimas inagotables sugerencias para puntualizar referencias al fenómeno religioso. Es común pensar que en uno y otro caso, se trata de trabajos de historia que pueden verse como resultado de intereses de historiadores aparentemente desvinculados de los afanes presentistas. Difiero de ello porque es evidente que en los abordajes de cualquier tiempo pasado, la historia que hoy transcurre, imprime sus propias huellas y determina las preguntas

del historiador; sin embargo pienso también que la presencia de la historia de hoy en la historiografía sobre el pasado nacional se hace aún más evidente. De manera que coincido plenamente con las afirmaciones de Blancarte y Ceballos, en el sentido de que la historia de la propia Iglesia católica, la realidad social, económica y política de los últimos tiempos han marcado la mirada de la historiografía sobre



Iglesia católica, iglesias protestantes, y todos aquellos aspectos de lo religioso que hacen presencia en la historia del México decimonónico y del siglo XX²¹.

Así, la historia, suceder diario, obliga a rescatar en fragmentos, episodios, procesos del pasado, las lecciones que se pretenden útiles para vivir el presente, o aún para cimentar la tan deseada futurología. Aquí podría retomar argumen-

tos ya considerados y agregar que no puede descartarse que acontecimientos como los cambios en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, tema éste, privilegiado a lo largo de la historia de México, y también a lo largo del desarrollo de la historiografía mexicana, han jalado la atención de plumas de científicos sociales e historiadores, han convocado a reuniones urgentes de esclarecimiento de lo que pasó, pasa y pasará. Además de lo que concretamente concierne al asunto, el lugar protagónico de la Iglesia, una vez desembocado, obliga a preguntarse sobre su influencia en procesos difíciles, como la democratización del país, las discusiones en torno a la educación y al aborto, las reivindicaciones de luchas ancestrales que han llegado en 1994 al uso de las armas, y aún los problemas del narcotráfico. En todos y cada uno de estos órdenes la historia de la Iglesia se hace presente, también la manera de vivir la o las religiones, de modo que parece que hoy sí, el tema de la religión está de moda²². Exige no sólo los ojos de los historiadores del pasado lejano, sino los de historiadores de historia inmediata, los de los antropólogos, sociólogos, polítologos, estudiosos del derecho, y desde luego los ojos atentos del periodismo diario. Por obvias razones trataré de circunscribirme a los trabajos que se incluyen en los territorios propios de la historiografía.

Añado, sin perder de vista a Ceballos, que la disciplina histórica, el quehacer que practicamos, tiene su propia historia, entrelazada si se

quiere con las otras, pero identificable como tema en sí. Esta historia de la historiografía, historia de la obra que para serlo investiga, interpreta y difunde, que algunas veces es fuente primaria, y otras elaboración refinada, ofrece algunos elementos de interés en lo que respecta al tema religioso.

Me referí antes a la cercanía que se aprecia entre los tratamientos de las obras rescatadas por Bravo Ugarte y el tradicionalista y pragmático que se percibe en buena parte de la historiografía de tema mexicano, producida en nuestro medio en las primeras décadas del siglo, hasta muy entrados los años cuarenta, así como al propósito enciclopédista de algunas biobibliografías y apoyos documentales que se transparentan en más de una de las obras contenidas allí.

Cuando, en 1969, Jean Meyer abre perspectivas, el Congreso en que lo hace da fe del fenómeno que domina la historiografía desde mediados de los años cincuenta hasta los primeros setenta, el de las especialidades en que se ha ramificado la disciplina. Es curioso que allí no aparezca la historiografía de tema religioso con tal rango, pero lo más seguro es que el asunto se encuentre tejido dentro de más de una de las especialidades que se destacan. Está, quizás, en la historia de las instituciones que dieron la pauta para ir coloreando las distintas etapas en que se suele dividir la historia mexicana, probablemente la historiografía política, la de las relaciones internacionales y la biografía le den cabida en repetidas ocasiones, pero lo que resulta indu-

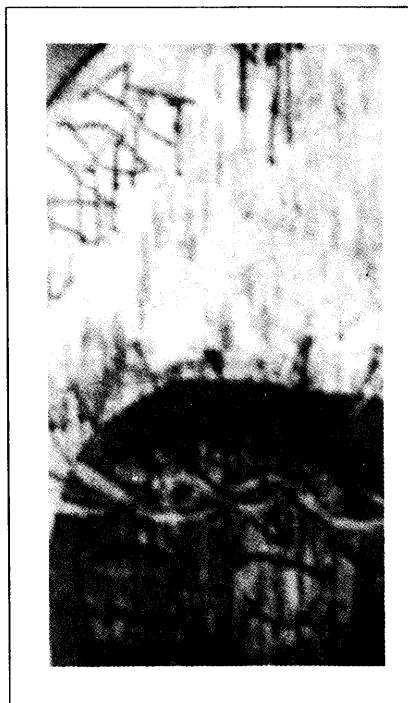
dable es que tres perspectivas proyectadas al futuro de la historiografía, le conceden un sitio distinguido: la historiografía regional, la de la vida social y la económica, llamadas a abrirse paso y a sentar sus reales en las dos décadas siguientes, para no abundar en que la historia de las ideas, desde entonces, y la de las mentalidades, poco después, trabajan estrechamente con ele-

en más de una ocasión la historia parece convertirse en sierva de la sociología, la economía o la ciencia política, en otras, por el contrario, resulta la fuente de inspiración más rica para cualquiera de estas ciencias.

Lo cierto es que entre los afluentes que marcan la pauta de los estudios históricos de tema religioso más recientes, pueden distinguirse algunos procedentes de ríos caudalosos y añejos, fieles a los principios metodológicos de la historiografía tradicional, que han dado lugar a libros, artículos y tesis de grado en los que se combinan una alta dosis de empirismo con el afán de esclarecer episodios del pasado, para contribuir a matizar su interpretación²³; otros afluentes incorporan aguas nuevas, al accentuar, por ejemplo, el aspecto social del catolicismo²⁴, o bien, por la vía del estudio regional, abarcan aspectos políticos, ideológicos y sociales²⁵. Los hay que, provenientes de una óptica socio-política, se concentran en la historia del siglo XX y aún los que vinculan los estudios con los acontecimientos de última hora²⁶.

Dentro de este panorama, no exhaustivo, pero sí representativo, merece una mención especial, el incremento de trabajos sobre el protestantismo, que enriquecen la apreciación del fenómeno religioso en México²⁷.

Junto a las investigaciones y publicaciones de carácter individual deben contemplarse como evidencias de la proliferación del interés sobre estos temas, las compilaciones de estudios que se han hecho



mentos contenidos en o derivados de la cuestión religiosa.

No podría enumerar todos los trabajos que ilustran las posibilidades del asunto religioso exploradas en los últimos tiempos, quiero, en lugar de ello, retomar el discurso de que la historia de la historiografía contemporánea no se detiene en la definición de una serie de especialidades, los vientos de la interdisciplina soplan recio, y aunque

presentes en el medio académico, ya sea recuperando materiales elaborados años atrás, o condensando los productos recién terminados²⁸. Del mismo modo deberán ser tomados en cuenta para las indagaciones por venir aquellos trabajos colectivos que dan cuenta de las opiniones autorizadas de académicos que han sido generadas en la discusión de temas de actualidad²⁹.

Más allá de todo lo que invita al historiador interesado en el asunto religioso a explorar cualquiera de las vías señaladas, o de lo que pueda indicarle que, situado en cualquier otro campo, puede verse obligado a reparar en la temática religiosa, es importante observar que las cuestiones asociadas al fenómeno religioso han dejado de ser interés exclusivo de individuos o de congregaciones, para convertirse en interés de grupos de estudio.

Por señalar un ejemplo diré que en un espacio de libertad como suele ser el posgrado en historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, desde 1981, se propuso como tema para el *Seminario sobre la Reforma, la Intervención francesa, y el Imperio*, la investigación de las relaciones Iglesia–Estado³⁰, sosteniendo la hipótesis de que sin su comprensión, no podía advertirse con claridad la consolidación del Estado mexicano. Los frutos han sido ricos, y algunos de los trabajos escolares han llegado a las revistas especializadas. Sin duda no se trata del único caso en que la docencia, eterno surtidor de inquietudes, ha propiciado la investigación en esos terrenos. Aunado a este tipo de

esfuerzo individual, hay que reconocer el que con apoyo institucional permite la relación entre especialistas de distintas disciplinas, que encuentran la oportunidad de cotejar sus búsquedas y sus hallazgos. De esta naturaleza ha sido el proyecto Estado, Iglesia y Sociedad en México³¹, desarrollado entre 1991 y 1994, en la misma Facultad, y que ha permitido además rebasar la frontera de los encuentros entre expertos, para comunicar en un curso abierto, los contenidos de lo que en el futuro próximo cerrará la primera etapa del proyecto, la publicación de las investigaciones realizadas. Las dos muestras que me sirven de ejemplo, se han generado en una institución, la UNAM, pero no son sino eso, muestras de lo que puede encontrarse en otros espacios académicos³².

Si se aplican como termómetro para medir la vitalidad de una temática los avances que se consiguen en las tres elementales operaciones del historiador: localizar fuentes, elaborar propuestas de reconstrucción del pasado y comunicarlas a públicos cerrados y abiertos,³³ habrá que convenir, en que ésta goza de cabal salud. Son cada vez más los archivos explorados y las fuentes propuestas,³⁴ los temas de investigación para elaborar tesis de distintos grados y las obras publicadas. También se han hecho más frecuentes los encuentros entre especialistas, en los que convergen antropólogos, sociólogos, filósofos y polítólogos, en los que es ostensible la presencia necesaria del historiador; y aun las reuniones entre una mayoría de

historiadores o los cursos para públicos amplios.³⁵

En materia de difusión son cada vez más las revistas especializadas y culturales que destinan espacios a artículos sobre estos temas, o que definitivamente consagran alguno de sus números a poner al alcance de los lectores los resultados de diversos enfoques, provenientes de estudios de cultivadores de disciplinas distintas, o bien las obras compuestas por varios autores, que dan cuenta de las distintas formas de acercamiento a tales temas.³⁶

De esta apreciación general, y por tanto poco rigurosa, puede concluirse que se ha abundado en varias líneas, relacionadas con el estudio de la religión en la historia de México, tales como las fuentes eclesiásticas, el siglo XIX, la religión y las regiones, el desarrollo del protestantismo, etc.; se ha puesto mayor interés en reunir especialistas, en congresos, seminarios, proyectos de investigación y de difusión; los problemas de actualidad han reanudado la polémica en torno a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y en lo que concierne a la influencia de las Iglesias en los procesos de concientización social; que caben en el estudio y difusión del conocimiento de las cuestiones que giran en torno a la religiosidad, los trabajos de los de dentro de las instituciones eclesiásticas y los de fuera de ellas, siempre y cuando en ambos casos se parte del ejercicio profesional de una disciplina social o humanística.

En virtud de que concurren a los mencionados estudios miradas de especialistas de distintas ramas, he

creído oportuno precisar algunos aspectos que a mi juicio pueden ser útiles para la atención de los historiadores, entendiendo como una tarea específica de la disciplina historiográfica, el ejercicio de comprensión de procesos históricos que si bien se alimenta del registro histórico, supone una elaboración a partir de él, y que pretende, mediante la obra escrita, establecer la comunicación exitosa del conocimiento.

3. De la mirada del historiador y algunas otras precisiones

1. El asunto de la religión nos enfrenta algunas veces como buscadores de conocimiento a una realidad que pone en juego nuestra aceptación de los límites de la racionalidad humana puesto que, en mayor o menor medida, los distintos aspectos en que se traduce la religiosidad resultan más propios del terreno de lo irracional que de lo racional.

Por otra parte, las ciencias sociales en un esfuerzo prolongado por hacer valer sus instrumentos de conocimiento, han visto cuestionado el índice de objetividad de sus aseveraciones. La historia a caballo entre las ciencias sociales y las humanidades, discute hoy en día las cargas interpretativas con que elabora sus discursos.

De manera que en el sujeto conocedor y en el objeto conocido campean tintes de sentimientos, emociones que resultan ineludibles para aprehender una parte

importante de la realidad. Quizá convenga hoy asumirlos como nuestros, quizá vivimos un resurgimiento del romanticismo, tal como lo aseguraba Eduardo Blanquel, en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en los inicios de los años setenta; de ser así la historiografía deberá hacer espacio a todo aquello que parecía excluido en la tarea esfuerzo de dar cuenta solamente de aque-

siglos y la fuerza o debilidad de las ideologías, le ha sumado o restado valor como ingrediente del quehacer cotidiano.

Al mismo tiempo, la historiografía a lo largo de su historia, ha situado en el centro del paisaje al hombre común, al poderoso, al individuo o al grupo encargados de conducir la historia, pero siempre al hombre; en tiempos en que nos interesa el hombre en su medida, con limitaciones y con alcances, en que reconocemos con facilidad sus triunfos y sus derrotas, bien haríamos en recuperar el sitio de la religión entre los hombres, cuestionando los prejuicios con que nos acercamos a ella, admitiendo la vigencia del comportamiento religioso, más allá de las disposiciones jurídico-políticas que lo envuelven o constriñen, destacando el significado de la religión en situaciones específicas, más que su valor en sí que resulta asunto probablemente de otros especialistas.

Borrar conceptos valorativos de las distintas religiones para rebasar la intención apologética y sondear nuestra capacidad de comprender la manera en que los hombres han traducido en sus quehaceres cotidianos, sociales y políticos aquello que beben en fuentes religiosas.



Ilos aspectos que dejaban en claro las capacidades humanas para hacerse cargo de la conducción de su historia.

2. La historiografía en su conjunto le ha dado sitio a la religiosidad en uno y otro tiempo, de maneras diferentes, la ha admitido como realidad, la ha asumido como explicación, la ha marginado como obstáculo, y según el correr de los

3. Los aspectos religiosos deben ser abordados como hasta hoy lo han sido por los distintos estudiosos de las ciencias sociales, pero la aspiración interdisciplinaria en éste, como en otros casos, debe ser bienvenida buscando el equilibrio, la equidistancia entre las disciplinas que hacen falta, para enfocar

con precisión un problema determinado y delimitado.

Indudablemente el aporte de la historia ha enriquecido las tareas de la sociología, aunque en algunos casos ésta parece solicitarle apoyo en una función de muy escasa perspectiva; la historiografía por su parte, algunas veces recelosa del concepto y del problema, ha propiciado búsquedas minuciosas y aisladas, que corren el riesgo de resultar estériles si no logran la comunicación con otros campos del conocimiento.

Parece que quien busca para el presente no quiere ir muy lejos en la historia, y que quien procura la resurrección del pasado, no lo pretende hacer para el presente.

Conviene replantear la finalidad de ambas perspectivas, sin perder la peculiaridad de cada disciplina. Conviene en suma, establecer contactos; aun dentro de un mismo quehacer, parece necesario rebasar fronteras, los amantes de desenterrar fuentes, y los que prefieren la especulación y la polémica, tienen la obligación de intercambiar ideas; de los terrenos aledaños como la sociología y la ciencia política es preciso aceptar cuestionamientos sin perder la seguridad; de la filosofía y la literatura, saber servirse, sin despreciar su diálogo. Desdibujar términos, arrancar etiquetas, observar, no exentos, pero sí con menos prejuicios, no es una actividad fácil, pero en tratamientos como el de los temas del que aquí me ocupo, resulta indispensable.

4. El camino está abierto, es transitable, requiere de cordura, paciencia y tal vez humildad, el tema como su contraparte la política propicia exaltaciones, y a la vez revela de nosotros mismos los límites que no nos gusta ver. En la historia de la historiografía no es una novedad, pero quizá es una necesidad de hoy aventurarse más en él. Aventurarse a construir historias que no desdeñen la imaginación, que acepten el compromiso, pero a la vez que den la mano a la crítica rigurosa de las fuentes. Una historia que pueda desatar conceptos para mirar con nitidez las formas varias, en fin, una historia más humana de las iglesias, que las entienda preñadas de virtudes y vicios, y que a la vez dé cabida a una historia espiritual del hombre ■

para englobar a la historiografía que recupera el pasado para incrementar noticias que respaldan una cultura tradicional, y aquélla que se apropió de la memoria histórica para apoyar un juicio a debate.

3 *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memoria de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos, Oaxtepec, 4–7 de noviembre de 1969*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, Universidad de Texas, 1971, 758 p.

4 *Ibidem*, p. 373–406.

5 *Ibidem*, p. 391.

6 *Ibidem*.

7 *Ibidem*, p. 397.

8 *Ibidem*.

9 De la misma naturaleza deben considerarse por ejemplo, las presentadas por Enrique Florescano: "Perspectivas de la historia económica de México", p. 317–406; y por Luis González: "La historiografía local, aportaciones mexicanas", p. 247–263.

10 *Vid. Memoria del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, Gobierno del Estado de Morelos, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1990, 844 p. La sección sobre Iglesia abarca las p. 403–443.

11 *Ibidem*, Roberto Blancarte, "Producción historiográfica (1968–1988) sobre la Iglesia Católica en México desde 1929", p. 403–415; Manuel Ceballos Ramírez, "La historiografía mexicanista y la Iglesia católica (1968–1988)", p. 416–425; Jean Pierre Bastian, "La heterodoxia religiosa en la historiografía mexicanista de 1969 hasta la fecha", p. 426–434.

12 *Ibidem*, Anne Staples, "Comentario", p. 435–437.

13 *Ibidem*, p. 441–443.

14 *Ibidem*, p. 438–440.

15 Francisco Miranda, "Problemática de una historia eclesiástica", *Historia Mexicana*, v. XXI, núm. 2 (82), octubre–diciembre, 1971, p. 269–284.

NOTAS

1 José Bravo Ugarte, "Historia Religiosa", en *Historia Mexicana*, v. XV, n. 2–4 (58–60), oct. 1965–mar. 1966, p. 379–98. En agosto de 1965 Ernesto de la Torre Villar firmaba el prefacio de sus *Lecturas Históricas Mexicanas*, y en él incorporaba un apartado sobre "La historia religiosa", en el que aludía con comentarios muy pertinentes a los distintos acercamientos y estudios sobre el tema de diversos autores de los siglos XIX y XX. *Vid.* Ernesto de la Torre Villar, *Lecturas Históricas Mexicanas*, v. UNAM, 1994, t. I, p.80–84. (La primera edición de la obra es de Empresas Editoriales, y comenzó a publicarse en 1966).

2 Una y otra quedan definidas en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México 1940–1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 207 p., (Sep/Setentas, 126). Aquí se aprovechan

- 16 Carlos Martínez Assad, "Presentación", *Revista Mexicana de Sociología*, v. 49:3, julio-septiembre de 1987, p. VII., en Ceballos,*op.cit.*, p. 425. Martínez Assad ha promovido con entusiasmo las investigaciones y encuentros sobre el tema de la Iglesia en México.
- 17 Bastian, *op.cit.*, p. 429.
- 18 *Ibidem*.
- 19 En los otros dos trabajos, los autores conceden un crédito más amplio, aun cuando lo hacen de manera tácita, a los aportes de estudiosos de diversas disciplinas sociales, en materia de religión.
- 20 Está constituida en una mayor proporción por estudios de extranjeros, se trata de artículos o capítulos de libro: diecisiete; algunas tesis, cinco, entre las que se encuentra la suya, presentada en El Colegio de México, y unos cuantos libros, seis. De las veintiocho citas en que se apoya el texto, diez corresponden a la obra del propio Jean Pierre Bastian.
- 21 En adelante las obras que se ofrecen para exemplificar la atención a esta temática se refieren a investigaciones sobre los siglos XIX y XX, ocasionalmente abarcan la última parte del siglo XVIII. En algunos casos los estudios rebasan las fronteras de México, y se ocupan de toda América Latina.
- 22 *Vid. supra*, p. 7.
- 23 María Gabriela Aguirre Cristiani, *La política del episcopado mexicano. 1920–1924. Una visión hemerográfica a través de El Universal*, tesis de maestría, Universidad Iberoamericana, 1993, 167 p.; Patricia Galeana de Valadés, *Las relaciones Iglesia–Estado durante el Segundo Imperio*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, 206 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 23). María Cristina Gómez Alvarez, *El alto clero poblano y la revolución de Independencia, 1808–1821*, tesis de doctorado, UNAM, 1993, 298 p.; Ana Carolina Ibarra González, *Biografía política del doctor José de San Martín*, tesis de maestría, UNAM, 1993, 220 p.; Manuel Olimón Nolasco, *Tensiones y acercamientos. La Iglesia y el Estado en la historia del pueblo mexicano*, México, Instituto Mexicano de la Doctrina Social Cristiana, 1990, 149 p.; Luis Ramos, "La Iglesia y la consolidación del Estado mexicano en el siglo XIX", *AnáMnesis. Revista de Teología*, Dominicos, México, n. 3, p. 79–99.
- 24 Manuel Ceballos, *El catolicismo social. Un tercero en discordia, Rerum Novarum, la cuestión social y la movilización de los católicos mexicanos 1891–1911*, México, El Colegio de México, 1991, 445 p.
- 25 Salvador Camacho Sandoval, *Controversia educativa entre la ideología y la fe. La educación socialista en la historia de Aguascalientes, 1876–1940*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, 291 p.; Brian Connaughton H., *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788–1853)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 468 p.; Yolanda Padilla Rangel, *Con la Iglesia hemos topado. Catolicismo y sociedad en Aguascalientes. Un conflicto de los años 70's*, Aguascalientes, Instituto Cultural de Aguascalientes, Gobierno del Estado de Aguascalientes, 1991, 252 p. y *El catolicismo social y el movimiento crístico en Aguascalientes*, Aguascalientes, Gobierno del Estado/ Instituto Cultural de Aguascalientes, 1992, 145 p.; Jesús Tapia Santamaría, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, 271 p.; Alicia Puente, *Movimiento crístico: Afirmación y fisura de identidades. Un acercamiento panorámico al levantamiento sociorreligioso de 1926 a 1939*, tesis doctoral de antropología social, CIESAS, 1993.
- 26 Roberto Blancarte, *Historia de la Iglesia católica en México*, México, Fondo de Cultura Económica/ El Colegio mexiquense, 1992, 447 p. (que pese a la amplitud del título, se refiere al periodo 1929–1982); *El poder salinista e Iglesia católica. Una nueva convivencia?*, México, Editorial Grijalbo, 1991, 318 p.; Martha Eugenia García Ugarte, *La nueva relación Iglesia–Estado en México. Un análisis de la problemática actual*, México, Nueva Imagen, 1993, 301 p.; Victor Gabriel Muro González, *Iglesia y movimientos sociales en México, 1972–1987. Los casos de Ciudad Juárez y el Istmo de Tehuantepec*, México, Red Nacional de Investigación Urbana/ El Colegio de Michoacán, 1994, 263 p.; Víctor M. Ramos Cortés, *Poder, representación y pluralidad en la Iglesia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992, 108 p.
- 27 Jean Pierre Bastian, *Breve historia del protestantismo en América Latina*, México, Casa Unida de Publicaciones, S. A., 1986, 193 p.; *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México. 1872–1911*, México, Fondo de Cultura Económica/ El Colegio de México, 1989, 373 p.; María Eugenia Fuentes Guzmán, *El metodismo en el Estado de Tlaxcala. 1875–1920*, tesis de licenciatura, UNAM, 1992, 223 p.; Luis Rodolfo Morán Quiroz, *Alternativa religiosa en Guadalajara. Una aproximación al estudio de las Iglesias Evangélicas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990, 185 p.; Rubén Ruiz Guerra, *Hombres nuevos. Metodismo y modernización en México. (1873–1930)*, México, Centro de Comunicación Cultural, CUPSA A. C., 1992, 173 p.; Abraham Téllez Aguilar, *Proceso de introducción del protestantismo en México desde la Independencia hasta 1884*, tesis de licenciatura, UNAM, 1989, 221 p.; María Elena Tovar González, *El discurso sobre tolerancia de cultos e inmigración extranjera en México. 1821–1867*, tesis de maestría, UNAM, 1990, 330 p.; Evelia Trejo Estrada, "Consideraciones sobre el factor religioso en la pérdida del territorio de Texas. 1821–1835", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XIII, 1990, p. 47–60; "La introducción del protestantismo en México. Aspectos diplomáticos", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. IX, 1988, p. 149–181.
- 28 Jean Pierre Bastian, compilador, *Protestantes, liberales y francmasones. Sociedades de ideas y modernidad en América Latina, siglo XIX*, México, CEHILA, Fondo de Cultura Económica, 1990, 178 p. (Sección de obras de historia); *Iglesia y religiosidad*, introducción y selección

de Pilar Gonzalbo, México, El Colegio de México, 1992, 253 p. (Lecturas de historia mexicana, 5); Carlos Martínez Assad, coordinador, *Religiosidad y política en México*, México, Universidad Iberoamericana, Programa institucional de investigación, cultura y religión, 1992, 375 p., (Cuadernos de cultura y religión, 2); Luis Rodolfo Morán Quiroz, compilador, *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990, 161 p.

29 Un ejemplo de éstos sería Las relaciones Iglesia-Estado en México, espacio de laicos, México, CAM, CEE, CENCOS, CRT (1991), 201 p.

30 La propuesta se debe al doctor Luis Ramos Gómez-Pérez, quien se ha ocupado desde entonces de comunicar su interés y entusiasmo a los estudiantes de maestría y de doctorado que regularmente provienen de varios estados de la República Mexicana.

31 El proyecto fue ideado por Brian Connaughton, auspiciado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, comandado sucesivamente por el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, y a su muerte por el doctor Álvaro Matute Aguirre.

32 Sirven de ejemplo y en todo caso permiten testimoniar mi deuda permanente con la institución a la que pertenezco. Sin embargo, otras instituciones, como la UAM Iztapalapa, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Iberoamericana, la Comisión de Estudios de la Iglesia en Latinoamérica, CEHILA, han concedido espacios importantes para la investigación del tema religioso, y contribuido todos ellos a la organización de foros para la divulgación. Y, dentro de la UNAM, Institutos como Investigaciones Jurídicas, Investigaciones Sociales, e Investigaciones Históricas también han organizado foros de difusión sobre problemas religiosos en general, y de la Iglesia católica en particular. El Centro de Estudios de las Religiones en México, CEREM, y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO,

se han distinguido asimismo por sus tareas encaminadas a discutir y difundir estos temas.

33 En cuestión de difusión considero que merecen mención especial la obra de Jean Meyer, *Historia de los cristianos en América Latina Siglos XIX y XX*, traducción de Tomás Segovia, México, Editorial Vuelta, 1989, 389 p., por tratarse de un trabajo de amplia cobertura, elaborado con rigor y que da fe de la voluntad del autor por hacer extensivo su interés por la temática, y la que se debe a Alicia Puente, autora y compiladora, *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, Editorial Jus/CEHILA, 1993, 264 p., rigurosa y con aspiración de alcanzar un público amplio.

34 En una reunión celebrada en junio de 1992, cuyos organizadores fueron Brian Connaughton y Andrés Lira, se examinaron las posibilidades de las fuentes eclesiásticas para ensanchar los panoramas de la historia social, *vid. infra*, nota 35: *Las fuentes...* En relación con este punto es oportuno remitir a Brian F. Connaughton, "Reflexiones metodológicas para exclaustrar los estudios de la Iglesia en América Latina (siglo XIX)", *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, año 12, núm. 26, julio-diciembre de 1992, p. 177-192.

35 Para sólo mencionar algunos de los celebrados en los años 90: Coloquio *Obispos y sacerdotes en la Historia de México*, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Oaxaca, noviembre de 1990; Coloquio *Protestantes y protestantismo en México. Siglos XIX y XX*, INAH, septiembre de 1991; *VII encuentro nacional sobre Estado, Iglesia y grupos laicos*, COMECISO, UAM-I, UIA, ENAH, septiembre de 1991; *Las fuentes eclesiásticas y la historia social de México*, UAM, COLMICH, junio de 1992; Seminario *El factor religioso en México. Tendencias y cambios hacia el siglo XXI*, FLACSO México, INAH, CEREM, junio de 1993; Seminario *Estado, Iglesia y Sociedad en México. Siglo XIX*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, agosto de 1993; *Cambios de identidad religiosa y social en México*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, noviembre de 1993; Curso Diplomado *Religión y Socie-*

dad en México, FLACSO, CEREM, Dirección de Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación, septiembre de 1993-mayo de 1994; *Coloquio internacional Iglesia, Estado y economía. Siglos XVI a XIX*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, junio-julio de 1994.

36 Algunos casos que sirven de ejemplo son: *AnáMnesis. Revista de teología*, Dominicos, Méjico, Revista semestral; *Antropológicas. Revista de difusión del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, UNAM, 2, nueva época, abril de 1992, (incluye cinco artículos sobre las relaciones Iglesia-Estado); *Cuestión social*, publicación trimestral del Instituto Mexicano de la Doctrina Social Cristiana, año 1, n. 1, primavera de 1993; *Eslabones*, publicación de la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A. C., y de la Universidad de Colima, n. 1, revista semestral, enero-junio de 1991, (Clero y catolicismo en la Historia de México), la revista recoge las ponencias del congreso sobre obispos y sacerdotes, organizado por Carlos Martínez Assad, *vid. supra*, nota 35. De la misma índole es el libro reciente coordinado por este autor: *A Dios lo que es de Dios*, México, Aguilar, 1994, 416 p.; *Nuestra América*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, mayo-agosto de 1987, año VII, n. 20, (dedicado a la Iglesia en América Latina). *Revista Mexicana de Sociología* año XLIX, v. XLIX, n. 3, julio-septiembre de 1987 (dedicado a Iglesia y clase obrera en América Latina); *Umbral XXI*, publicación de los programas de investigación y posgrado de la Universidad Iberoamericana, n. 3, verano de 1990 (Informe especial del Programa institucional de investigación de religión y cultura); *Vuelta. Revista mensual*, año XIV, n. 122, mayo de 1990 (trata de la tradición católica y los escritores mexicanos).

